

Seminario de Silencio



¿Quién decís que yo soy?

Del Evangelio según Mateo (16, 13-18)

Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:
-¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dicen que es?

Ellos le respondieron:

-Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas.

-Y vosotros -les preguntó-, ¿quién decís vosotros que yo soy?

Tomando la palabra, Simón Pedro respondió:

-Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le dijo:

-Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque esto no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo. Y yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder de la Muerte no prevalecerá contra ella.

La pregunta por la identidad

¿Quién soy yo? Ésta es la pregunta espiritual por excelencia. Sólo desde la correcta respuesta a esta cuestión podremos responder también con atino al resto de las preguntas capitales: ¿qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué me cabe esperar? Únicamente sabiendo quiénes somos, realizaremos aquello para lo que hemos venido a este mundo y empezaremos a parecernos a lo que Dios había proyectado para nosotros. De lo contrario, daremos palos de ciego. El gran dilema de la vida es siempre, por tanto, el de la identidad.

A la pregunta por nuestro propio ser sólo podremos responder cabalmente apelando al Ser con mayúscula. Las respuestas circunstanciales o coyunturales no resultan satisfactorias: podemos definirnos como esposos, por ejemplo, o como padres de familia o profesionales...; pero lo cierto es que en cualquier momento podemos perder a los hijos, o al cónyuge, o vernos urgidos a cambiar profesión, y no por ello nuestro yo tendría que desaparecer de este mundo. Nuestras habituales definiciones de nosotros mismos son aproximaciones a la identidad que no tocan lo nuclear. Porque lo radical es el Ser, y sólo si nos definimos en su relación nos acercaremos al misterio de lo que realmente somos.

Cuando Pedro dice "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo", está, al tiempo que desvelando la identidad del Hombre que tiene ante él, descubriendo su propia y más profunda identidad: "tú ya no te llamarás Simón, sino Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia". El descubrimiento de la Luz arroja luz sobre nuestra propia y verdadera identidad (Pedro, no simplemente Simón), y sobre nuestra misión (ser piedra de apoyo para otros; no sabremos quiénes somos si no es en relación con los demás y para ellos).

Estos descubrimientos, como dice el evangelista Mateo, no los revela ni la carne ni la sangre, sino el Padre de los Cielos. Las ciencias humanas –la psicología, la filosofía y tantas otras- pueden ayudarnos, por supuesto, en el autoconocimiento, pero su saber es siempre penúltimo, no radical. El misterio de lo que somos sólo se nos desvela por medio de la espiritualidad que nos pone en contacto con la Fuente, por el silencio que nos conecta con el Ser.

TRÍADAS

¿Quién eres tú? ¿Y quién dices tú que es el Hijo del Hombre?

¿Sientes que en tu vida estás todavía dando algunos palos de ciego o experimentas que ya estás en tu centro, realizando aquello para lo que has venido a este mundo?

La misión de Pedro es ser piedra de la Iglesia. ¿Podrías definir en pocas palabras cuál es tu propia misión en esta vida?

¿Sientes que la meditación te está descubriendo el misterio de tu propia identidad.